

En cuanto á tu tío Marco Druso, orador grave siempre que trataba de los negocios de la república; Lucio Lúculo, que hablaba con agudeza; tu padre, tan docto en el derecho público y privado; M Lúculo; M Octavio, hijo de Cneo, que tuvo tanta autoridad y crédito que logró abolir por sufragios del pueblo la ley *frumentaria* de Sempronio, Cn Octavio, hijo de Marco, M Caton, padre, y el hijo de Quinto Cátulo, yo los separo de la haz de los declamadores judiciales, y los pongo entre los más ilustres defensores de la república

»En el mismo número colocaria á Q Cepion si, por demasiado adicto al órden ecuestre, no se hubiese apartado del Senado; á Cn Carbon, á M Mario y á muchos más, no tan hábiles para lisonjear los oídos de un auditorio elegante, como para una asamblea tumultuosa Así era (aunque alteremos un poco el órden) en tiempos más cercanos L Quincio, y Palicano todavía más acepto á los oídos del vulgo Y ya que hacemos mencion de hombres sediciosos, el más elocuente despues de los Gracos fué L. Apuleyo Saturnino, que, sin embargo, airibataba más por el ademan y el movimiento y hasta por el traje, que por la abundancia de su palabra ni por su escasa prudencia Hombre de los más perversos que han existido fué Cayo Servilio Glaucia, pero astuto é ingenioso y de no poco chiste Se fué levantando desde la mayor ignominia y bajeza hasta la pretura, y hubiera sido cónsul, si se le hubiese admitido á la eleccion, porque tenia á la plebe por suya, y se habia hecho favorable al órden ecuestre con sus leyes Fué muerto siendo pretor, el mismo dia que murió tambien el tribuno Saturnino, en el consulado de Mario y Flaco Era Glaucia parecido al ateniense Hipérbolo, cuya maldad notaron y reprendieron tanto los cómicos áticos

»A estos siguió Sexto Ticio, hombre locuaz y bastante agudo, pero tan afeminado en el gesto, que para remedarle se inventó una danza llamada Ticia Ha de evitarse mucho

en la accion todo lo que pueda dar lugar á imitaciones reprehensibles

»Volvamos á la época de que habíamos empezado á hablar. Contemporáneo de Sulpicio fué P. Antistio, rábula bastante tolerable, que despues de haber estado en silencio por muchos años, y de haber sido objeto de desprecio y aún de risa, tuvo ocasion en su tribunado de atacar con brillantez la injusta y extraordinaria pretension del tribunado, de C. Julio. Y lució tanto más, cuanto que habiendo defendido la misma causa su colega Sulpicio, no dijo cosas tan agudas como él. Y si ántes de su tribunado tenía muchas causas, luégo acudieron á él casi todos los litigantes. Veía bien los asuntos, componia con agudeza, tenía buena memoria: sus palabras no eran elegantes, pero tampoco rastreras. Sus discursos, fáciles y flúidos. Su ademan no era inurbano. La accion flaqueaba algo, por falta de voz y de gesto. Floreció en el tiempo trascurrido desde la renuncia y la vuelta de Sila, en que faltó de la república toda dignidad y justicia. Agradaba Antistio tanto más, cuanto que estaba desierto de oradores el foro. Sulpicio habia muerto, se hallaban ausentes Cota y Curion, de los demas abogados de este tiempo vivian sólo Carbon y Pomponio, á cualquiera de los dos fácilmente superaba.

»Seguíale en edad L. Sisena, varon docto y de buenos estudios, que hablaba bien el latin, conocia los negocios de la república y no estaba falto de cierto chiste, pero trabajaba poco y carecia de práctica forense. Colocado entre dos edades, la de Sulpicio y la de Hortensio, no podia competir con el primero, y habia de ceder forzosamente el puesto al segundo. Sus facultades pueden conocerse por su historia, que con exceder bastante á los anteriores, está aún muy léjos de la perfeccion, y prueba que este género ha sido todavía poco cultivado en las letras latinas.

»En cuanto al ingenio de Q. Hortensio, aún en su juventud, era como una estatua de Fidias, que apénas se la ve, es

admirada Se presentó por primera vez en el foro siendo cónsules L Craso y Q Scévola, y por juicio de todos, incluso de los mismos cónsules que tanto excedían á los demas en inteligencia, se consideró su discurso como de primer órden Tenia entónces veintiun años Murió en el consulado de L Paulo y Q Marcelo, por donde vemos que ejerció la abogacía cuarenta y cuatro años De sus méritos oratorios hablaré despues Ahora sólo he querido fijar su edad, porque, como fué larga, descolló al lado de oradores mucho mayores que él y de otros algo más jóvenes Así como Accio dió al teatro una comedia el mismo año que Pacuvio, teniendo el uno ochenta años y el otro treinta, así Hortensio no sólo pertenece á *su época*, sino tambien á la mia y á la tuya, Bruto, del mismo modo que á otra muy anterior Ya solía hablar en tiempo de Craso y de Antonio, y del anciano Filipo, y viviendo todos ellos defendió la causa de los bienes de Cneo Pompeyo, aventajándose, con ser muy joven, á los contemporáneos de Sulpicio, y á sus iguales M Pison, M Craso, Cn Léntulo y P Sura y por muchos años se ejercitó en el foro conmigo, que tenía ocho ménos que él, y defendió contra tí la causa de Apio Claudio, poco ántes de su muerte

»¿Ves cómo ya hemos llegado á tí, Bruto, considerado como orador, á pesar de haber florecido tantos entre el comienzo de mi carrera y el de la tuya? Hablaré sólo de los muertos

—No hay razon, replicó Bruto, para omitir á los vivos Lo harás porque temes que nosotros divulguemos esta conversacion y se enojen contigo algunos

—¿Y qué, no podeis callar?

—Fácilmente callaremos, pero sin duda prefieres callar tú mismo, y no poner á prueba nuestra discrecion

—Te dié la verdad, Bruto nunca creí llegar en esta enumeracion hasta nuestros tiempos, pero de tal manera

se ha ido tejiendo el hilo cronológico, que he venido á parar en los más modernos.

—Habla, pues, de los intermedios: luégo vendremos á tí y á Hortensio

—A Hortensio sólo: de mí dirán otros lo que quieran

—Nada de eso Aunque tanto me interesa todo lo que vas diciendo, nada espero con tanta curiosidad como lo referente á tí; no acerca de tus cualidades oratorias, que bien conocidas son de todos, y más de mí, sino por saber los pasos, digámoslo así, y el método que seguiste en el cultivo de tu arte

—Te complaceré, pues lo que deseas no es que hable de mi ingenio, sino de mis trabajos Pero ántes mencionaré á otros, empezando por Marco Craso

»Este tenía pocas cualidades naturales, y no muchas de las que da el estudio Gracias á su laboriosidad, diligencia y afable condicion, fué por algunos años uno de los principales abogados Su frase era correcta y latina, las palabras no triviales ni humildes, la composicion discreta; pero no habia en sus discursos una flor ni un rayo de luz Tenía ardor en el alma, pero la voz apagada, á tal punto, que decia todas las cosas de la misma manera: aunque su enemigo Cayo Fimbria no podia jactarse mucho de aventajarle, porque lo decia todo á gritos y con rapidez grandísima, de tal suerte, que, dejando fríos á los oyentes, parecia un loco entre cuerdos.

»Cn. Léntulo logró por la accion más fama de orador que la que merecia, porque ni era agudo, aunque su rostro indicaba talento, ni abundante en las palabras, aunque tambien en esto engañaba, y con pausas y exclamaciones y con una voz suave y canora inflamaba de tal modo al auditorio, que no echaba de ver las cualidades de que carecia. Y así como Curion, por la copia de palabras, sin otra alguna cualidad, tuvo nombre de orador, así Cn. Léntulo disimuló con la accion, en que fué excelente, la me-

dianza de sus otras cualidades. Y lo mismo hizo P. Léntulo, cuya torpeza en inventar y pobreza de elocucion estaba suplida por la dignidad de su aspecto, por el ademán lleno de arte y gracia, y por la suavidad y cuerpo de la voz. No tuvo más cualidad que la accion en todo lo demas era inferior al otro.

»M. Pison debió todas sus ventajas al estudio, y era más docto en letras griegas que cuantos le precedieron. Tuvo naturalmente cierto género de agudeza, limada por el arte. Era en la elección de las palabras discreto y cuidadoso, pero á veces tanto aliño resultaba indigesto ó raso. En ocasiones tenía chiste. No resistió mucho tiempo el trabajo forense, porque era de cuerpo débil, y además no podia sufrir las ineptias y majaderias de los hombres que tiene que tolerar el abogado, y los despedia con ingenuo y libre fastidio ó con expresiones iracundas. Brilló el joven, pero se oscureció luego. Obtuvo más adelante no poca fama con el juicio de las Vestales, y volviendo desde entónces á su crédito, le conservó tanto tiempo cuanto pudo resistir el trabajo. Despues perdió de gloria cuanto ganó de descanso.

»P. Murena era de mediano ingenio, pero de grande estudio de las cosas antiguas, estudioso y no indocto en las amenas letras; hombre de mucha industria y diligencia. Cayo Censorino supo muy bien las letras griegas explicaba con claridad lo que queria, no le faltaba gracia en la accion; pero era muy perezoso y enemigo del foro. Furio, con poco ingenio pero con mucho trabajo, hablaba con frecuencia, y decia lo que podia. Le faltaron pocas centurias en una elección para el consulado.

»Cayo Macio nunca tuvo autoridad, pero fué abogado muy inteligente: si su vida y costumbres, y hasta su semblante, no hubiesen echado á perder el mérito de su ingenio, hubiera logrado más fama entre los abogados. No era abundante, ni tampoco seco y pobre: no muy brillante,

pero tampoco desaliñado la voz, el gesto y toda la accion, en suma, no carecian de gracia: en la invencion y composicion de las palabras era muy cuidadoso. Aunque se le oia con gusto en las causas públicas, era más celebrado en las privadas.

»C Pison era orador copioso en palabras, y no tardo en la invencion; pero su rostro daba á entender más agudeza y malicia que la que realmente tenía. A Marco Glabrio, aunque bien educado por su abuelo Scévola, le echó á perder lo indolente de su naturaleza. Tambien L. Torcuato era elegante en el decir, en el juzgar muy prudente, en todo muy urbano.

»Q Pompeyo, que era casi de mi edad, varon nacido para toda grandeza, hubiera tenido fama oratoria si el deseo de una gloria mayor no le hubiese llevado á las empresas bélicas. Era en sus discursos bastante espléndido veia con prudencia los negocios. En la accion era muy aventajado tenía suma dignidad en la voz y en los movimientos.

»D Silano no tuvo mucho estudio, pero sí bastante agudeza y facilidad. Q Pompeyo, hijo de Aulo, llamado el Bitínico, que venia á tener dos años menos que yo, era hombre de infatigable estudio, lo cual puedo saber porque tuvo conmigo y con M. Pison grande amistad y estudios comunes. Su accion no realzaba mucho su oratoria ésta tenía bastante abundancia á la otra le faltaba gracia.

»P Antonio no tenía de recomendable más que una voz vibrante y aguda. Lo mismo L. Octavio Reatino, que murió jóven, cuando ya habia defendido muchas causas. Hablaba con más audacia que preparacion. Cayo Staleno, que se habia adoptado á sí mismo, y de Staleno se habia hecho Elio, tenía un estilo fêvido, petulante y furioso, aunque grato á muchos. Hubiera alcanzado los primeros honores, á no haber sido sorprendido en un crimen que hizo caer sobre él el rigor de las leyes.

»El mismo tiempo alcanzaron los hermanos Cepasios, Cayo y Lucio hombres oscuros y desconocidos, que de repente llegaron á la cuestura, sólo por su modo de decir desusado y campesino. Añadíé, para no omitir á nadie de los que entónces hablaban, á Cayo Cosconio Calidiano, que sin cualidades de ningun género, pero con grandes gritos y extraño gesto, decía al pueblo lo que buenamente se le ocurría. Lo mismo hacía Q. Arrio, que fué como el segundo de Marco Craso. Él es un ejemplo de cuánto vale en esta ciudad acomodarse al tiempo y servir á muchos en los honores ó en el peligro. Nacido de ínfima clase, no sólo alcanzó dignidades, riqueza y favor, sino que llegó á tener cierta reputacion de abogado, aunque carecia totalmente de doctrina é ingenio. Y así como los púgiles mal ejercitados, que ansían la palma de Olimpia, pueden sufrir los golpes y las puñadas, pero no resisten el sol, así éste, despues de haberle salido bien todas las cosas, no pudo resistir la inclemencia del año judicial.

—Mucho tiempo hace, me interrumpió Atico, que estás revolviendo heces, y me callaba, pero nunca creí que descenderías hasta los Stalenos y los Antonios.

—No pensarás que lo hago por ambicion é interes propio, ya que se trata de muertos, pero como sigo el órden cronológico, tengo que encontrarme con todos, y además quiero que se vea cuán pocos son, entre los que se han atrojado á hablar en público, los dignos de memoria. Vuelvo á mi propósito.

»T. Torcuato, hijo de Tito y discípulo de Molon, el cual hubiera sido cónsul á no ser por su repentina muerte, tenía disposiciones y facultades naturales más bien que inclinacion á la oratoria. No habló más que en el Senado ó en negocios de sus amigos.

»Tambien Marco Pontidio, natural del mismo municipio que yo, defendió muchas causas privadas, y no era torpe en ellas, pero hablaba siempre con excesivo arrebato, in-

dignacion y vehemencia, de modo que parecia que no sólo disputaba con el adversario, sino tambien con el juez, á quien siempre ha de procurari tener propicio el orador M Mesala, menor que nosotros, no era pobre en el lenguaje, aunque tampoco muy adornado, prudente, agudo, nada incauto, abogado diligente para enterarse de los negocios, hombre de mucho trabajo y que defendió muchas causas

»Los dos Metelos, Celer y Nepos, nada versados en las causas, ni faltos de ingenio ni indoctos, habian seguido el género y estilo popular Tambien Cn Léntulo Marcelino pareció muy elocuente en su consulado, rico en palabras y en chistes, y sonoro en la voz Cayo Memmio, hijo de Lucio, consumado en las letras griegas, pero despreciador de las latinas, orador agudo y suave, pero que tema el trabajo de hablar y áun el de pensar

—¿Cuánto desearia, me interrumpió Bruto, que nos hablaras de los oradores que áun viven, y ya que no de los otros, á lo ménos de César y Marcelo!

—¿Y por qué? le respondí ¿A qué he de formar yo juicio de oradores que conoces tan bien como yo?

—Mucho conozco á Marcelo, pero á César poco Al primero le oí muchas veces; el segundo, cuando yo podia formar algun juicio, estaba ya ausente de Roma

—¿Qué juzgas, pues, de Marcelo á quien tantas veces has oido?

—¿Qué he de juzgar sino que se parece mucho á tí? Agrá dame y no sin causa Ha hecho buenos estudios, y prescindiendo de los demas, á éste se ha dedicado con especial ahinco y diarios ejercicios Usa de palabras escogidas y brillantes, y su voz y la dignidad de sus movimientos realza todo lo que dice Diríase que no le falta ninguna de las cualidades propias de un orador Y es tanto más digno de alabanza, cuanto que en este tiempo, en esta comun y fatal desgracia nuestra, puede consolarse con el



testimonio de su buena conciencia y con nuevos estudios I e of en Mitilene hace poco, y ví en él á un hombre de véras Y así como ántes me parecia semejante á tí en el decir, ahora me parece émulo del doctísimo Cratipo, muy amigo tuyo, segun entiendo

—Aunque mucho me deleitan esas alabanzas de tan gran valor y amigo mio, hácenme traer á la memoria nuestras presentes miserias; para olvidarme de las cuales, he ido prolongando esta conversacion Pero quiero saber ántes el juicio de Atico sobre César

--Bien haces, interrumpió Bruto, en no querer hablar tí mismo de los que ahora viven, y á fe miã que si procedieras con ellos como con los muertos, no omitiendo á nadie, habias de tropezar con muchos Antronios y Stalenos Sin duda has querido evitar este peligro, ó temes que alguno se queje de verse omitido ó no bastante alabado Pero de César puedes hablar con libertad, por ser conocidísimo el juicio que formas de su ingenio, y él del tuyo

—Mi juicio acerca de César, dijo Atico, conviene con el de este severísimo juez de tales cosas, y es que casi ningún orador ha hablado con más elegancia el latin Y esto no sólo por la costumbre doméstica, como se dice de las familias de los Léntulos y Mucios, sino por haber perfeccionado esta primera enseñanza con muchas letras recónditas y exquisitas, y con grande estudio y diligencia Como que en medio de sus mayores ocupaciones, ha escrito, dedicado á tí (esto lo dijo Atico mirándome) su excelente libro *De la propiedad de la lengua latina*, y al principio dice que la buena eleccion de palabras es el fundamento de la elocuencia, y allí, Bruto mio, tributa á nuestro Ciceron este singular elogio: «A tí, príncipe é inventor de la abundancia del lenguaje, debemos juzgarte por benemérito de la dignidad del pueblo romano »

—Magnífico elogio es ese, dijo Bruto, pues no sólo te llama *inventor y príncipe de la riqueza de elocucion*, sino

benemérito del pueblo romano. Por tí, esto solo en que nos vencian los vencidos Griegos, les ha sido arrebatado, ó á lo ménos compartido con nosotros. Esta alabanza y testimonio de César debes anteponerla á todos los triunfos.

—Y con razon, Bruto, si es que ha de tomarse por juicio de César, y no por testimonio de su benevolencia. Por que más acrecentó la gloria del pueblo el primero, quienquiera que fuere, si es que hubo alguno, que introdujo en nuestra ciudad esta abundancia de lenguaje, que los que expugnaron los castillos de Liguria, y lograron por ende tantos triunfos.

»Y en verdad, que si dejamos aparte las heroicas resoluciones con que alguna vez han salvado grandes generales á su pueblo en la paz ó en la guerra, mucho excede un buen orador á los generales medianos. Direis que es más útil un general. Cierito, y sin embargo (y me habeis de permitir que hable con libertad), preferiria yo ser autor de la oracion de Lucio Craso en defensa de Marco Curion, á haber logrado dos triunfos por la conquista de otros tantos castillos. Direis que más ventajas reportó á la república la toma de los castillos de Liguria que la defensa de M. Curion. Verdad es. Pero tambien les importaba más á los Atenienses tener domicilios seguros, que no una estatua de Minerva, labrada de marfil por mano de Fidias, y no obstante, yo más quisiera ser Fidias que el mejor maestro de obras. No se ha de estimar la utilidad de las cosas, sino su valor absoluto. Pocos son los buenos pintores ó escultores, pero nunca faltarán buenos artifices y operarios. Continúa, amigo Pomponio, diciéndonos lo que juzgas de César.

—El fundamento de su oratoria es una elocucion pura y latina. Los pocos que ántes la habian logrado, no era por razon ó ciencia, sino por buena costumbre. Omito á Cayo Lelio y á Publio Escipion. el hablar bien el latin era mérito propio de su tiempo, como la inocencia, y aun así

no en todos. Pero que sus contemporáneos Cecilio y Pacuvio bien mal hablaban. Pero lo general era hablar bien, entre todos los que no habían vivido fuera de la ciudad, ni habían tenido en casa ninguna sombra de barbarie, ya que lo mismo en Roma que en Atenas vinieron muchos de fuera hablando mal, y corrompieron la lengua. Así se requiere gran corrección y una regla inmutable, que no sea la de la costumbre.

»Todos conocimos, cuando niños, á Tito Flaminio, que fué cónsul con Q. Metelo. Pasaba por buen hablista, pero ignoraba las letras. Catulo no era enteramente indocto, como tú mismo has dicho hace poco, pero la suavidad de su voz y la fácil pronunciación de las letras habían bastado á darle nombre de orador. Cota, que prolongaba mucho las letras por separarse de la costumbre griega, produciendo un són agreste y desapacible, había llegado por este inculto y silvestre camino á la misma fama. Sisena se había propuesto ser corrector de los vicios de lenguaje, y ni siquiera el acusador C. Rusio pudo apartarle de la manía de usar voces anticuadas.

—¿Qué quiere decir eso, interrumpió Bruto, ó quién era ese C. Rusio?

—Un antiguo acusador, que atacaba á Chritilio, á quien defendía Sisena. Éste dijo que sus crímenes eran *sputatilica*. Á lo cual respondió C. Rusio: «Oh jueces, temo alguna asechanza, si no me socorreis. Sisena debe de tenderme algún lazo, porque no entiendo lo que dice. ¿Qué quiere decir *sputatilica*? Entiendo el *sputa*, pero el *tilica* no.» Hubo grandes risas; pero aquel amigo mio siguió creyendo que el hablar bien era lo mismo que el hablar de un modo inusitado.

»César ha tenido el buen gusto de corregir la mala y viciosa costumbre con una incorrupta y pura locución. Por eso cuando añade á esta elegancia de lengua latina (necesaria no sólo en un orador, sino en todo bien nacido

ciudadano romano) los demas ornatos de la elocuencia, parece que coloca á buena luz cuadros bien pintados. Su modo de decir es espléndido y nada vulgar. La voz, el movimiento, el ademan, todo tiene algo de magnífico y generoso.

—Mucho me agradan sus oraciones, dijo Bruto: he leído muchas. También ha escrito unos comentarios de su vida, muy dignos de aplauso. Son de una belleza sencilla y desnuda, sin aparato alguno oratorio, como despojada de toda vestidura y cendal. Quiso dar materiales para que otros escribieran, y acaso hizo un favor á los ignorantes que quieran ejercitar su pluma en tal empresa; pero de fijo quitó las ganas á los varones prudentes. Porque nada hay más agradable en la historia que la pura y clara brevedad. Volvamos, si os place, á los que ya murieron.

—C. Sicinio, prosegui, nieto de Q. Pompeyo, el que fué censor, llegó á la cuestura, y fué orador estimable, versado en el arte de Hermágoras, que es de poca utilidad para el ornato, mas no para la invencion; da preceptos y reglas infalibles, aunque pobres, sobre el método, y á lo ménos no consiente andar vagando el ánimo del orador. Observándolos él y viniendo preparado á las causas, nunca se encontraba ayuno de palabra, y gracias á esta saludable enseñanza y disciplina, tuvo crédito entre los abogados.

»También era muy docto mi primo C. Visellio Varion, casi de la misma edad que Sicinio. Murió despues de haber sido edil curul, y confieso que en cuanto á él disfrutó siempre mi juicio del que formaba el pueblo. Este le aplaudia poco, porque sus oraciones eran arrebatadas y oscuras por la copia de agudezas y por lo rápido de la pronunciacion; pero nunca ví otro más feliz en las palabras ni más fecundo en las sentencias. Además habia aprendido perfectamente de su padre Acúleo el derecho civil.

»Quedan todavía, entre los muertos, L. Torcuato, á quien

más bien que orador (y eso que no le faltaban condiciones) podíamos llamar, con un vocablo griego, *político*. Era hombre de muchas letras y no vulgares, sino extrañas y recónditas, de divina memoria, de mucha elegancia y cortesía, á todo lo cual se agregaba lo íntegro y puro de su vida

»También me agradaba mucho el estilo de Triario, tan escudo en medio de su juventud ¡Cuánta severidad en su rostro! ¡qué peso en sus palabras! ¡cuánto meditaba todo lo que salía de sus labios!»

Entonces Bruto, conmovido por la mención que yo había hecho de Torcuato y Triario, á quienes él tanto había amado, añadió «Entre otras innumerables razones que tengo para dolerme de que no durase eternamente tu sistema de paz, es que no hubiera perdido la república á estos dos y á otros excelentes ciudadanos

—Silencio, Bruto no acrecentemos con esas consideraciones nuestro dolor. Acerbo es el recuerdo de los males pasados, y aún más el de los futuros. Dejemos de lamentarnos, y fijémonos sólo en las cualidades oratorias que tuvo cada cual

»Entre los que murieron en la misma guerra podemos citar á M. Bibulo, que escribía con cuidado aunque no era orador, y procedió siempre como varón constante, á tu suegro Apio Claudio, colega y familiar mío, hombre bastante estudioso, orador ejercitado, y muy docto en la ciencia augural, en el derecho público y en las antigüedades, á Lucio Domicio que hablaba sin arte alguna, pero en buen latín y con libertad, á los dos Léntulos, consulares, de los cuales Publio, mi salvador y vengador de mis injurias, debió al arte todas sus cualidades. No las tenía naturales, pero era tal la grandeza de su ánimo que logró asimilarse las dotes más singulares de los esclarecidos oradores. L. Léntulo tenía fuerza oratoria, pero no quería tomarse el trabajo de pensar. Su voz era sonora, sus palabras no des-

agradables Infundia á las veces confianza ó terror En las causas judiciales podia desearse cosa mejor: no en las deliberaciones públicas Tampoco era orador político despreciable T Postumio, tan batallador en sus discursos como en sus actos, desenfrenado y acre, pero muy conoedor del derecho público y de las costumbres antiguas.

—Si vivieran todos esos, dijo Ático, juraria que tus observaciones procedian de mala intencion Nombras á todos los que alguna vez se han atrevido á hablar, tanto, que me admiro que hayas omitido á M Servilio —

—No ignoro, Pomponio, que ha habido muchos que nunca han hablado en público, con poder hacerlo haito mejor que éstos que llevo enumerados, pero con recordarlos logro que conozcais cuán pocos se han atrevido á hablar en público, y aún entre éstos cuán pocos hay dignos de alabanza Por eso ni siquiera he hecho mencion de esos caballeros romanos, amigos nuestros, que han muerto hace poco: P Cominio Spoletino, que acusó á Cayo Cornelio, á quien yo defendia, y tuvo un género de oratoria aliñado, vehemente y fácil; T Accio de Pésaro, á cuya acusacion contra Cluencio respondí yo Era orador bastante copioso y docto en los preceptos de Hermágoras

»En estudio nadie aventajó, ni quizá en ingenio, á mi yerno C Pison No tenia un momento ocioso: ó se ocupaba en los negocios forenses, ó estudiaba en su casa, ó escribia, ó meditaba Parecia que en el trabajo volaba, más bien que corria Era elegante en la eleccion de las palabras, rotundo en los períodos: encontraba muchos y fortísimos argumentos, y frecuentes y agudas sentencias En el gesto era por naturaleza tan aventajado, que simulaba un arte que no tenia Temo por mi amor hácia él exagerar sus méritos, pero no es así Aún merece alabanzas mayores Ni en la continencia, ni en la piedad, ni en otra alguna virtud hallo ninguno de su tiempo que sea comparable con él.

»Tampoco creo que debe omitirse á M. Celio, cualquiera

que fuese el triste resultado á que le llevaron sus propósitos ó su fortuna. Mientras obedeció á mi autoridad, fué tan excelente tribuno de la plebe, que nadie se opuso con tal fortaleza, en defensa del Senado y de la causa de los buenos, á la popular y turbulenta demencia de algunos perdidos ciudadanos. A lo excelente de su acción se unía un estilo espléndido, solemne, y á las veces gracioso y urbano. Tres fueron sus principales acusaciones, y todas en pro de la república: sus defensas, aunque no valian tanto, no eran tampoco despreciables. Con grande aplauso de todos los buenos fué elegido edil curul, pero no sé cómo, durante mi ausencia se mostró inconsecuente consigo mismo, y se perdió por imitar á aquellos que tanto habia censurado.

»Digamos algo de M. Calidio, que no fué orador vulgar, sino casi singular entre muchos: de tal suerte ilustraba sus recónditas y exquisitas ideas lo brillante de su elocución. Nada tan suave como sus cláusulas, nada tan flexible, la frase se modelaba á su arbitrio, como ningun otro orador lo consiguió nunca: tan pura y flúida era su palabra: no habia un solo vocablo que no estuviera bien colocado en su lugar, *tanquam in vermiculato emblemate*, que dijo Lucilio. Ni habia tampoco palabra alguna dura, insolente, humilde ó traída de léjos. Casi nunca usaba de voces propias, sino de las trasladadas, pero de suerte que no parecian arrancadas por fuerza, sino que por su propia voluntad habian transmigrado. No era por eso desaliñado ó incorrecto, sino armonioso, aunque no cerraba siempre de igual modo sus cláusulas. Frecuentes eran en él las figuras de palabras y sentencias, que llaman los Griegos *schemas*, y que vienen á ser como lumbres y matices de la oración. Conocia perfectamente las fórmulas de los jurisconsultos, y sabía aplicarlas. A todo esto se añadía el órden lleno de arte, la acción culta y hermosa, y todo el estilo plácido y sano.

»Si el colmo de la perfeccion fuera hablar con dulzura, nada más podria desearse Pero ya he dicho ántes que tres cosas ha de procurar el orador: enseñar, deleitar y conmover Logró Calidio dos de ellas ilustrar con claridad el asunto, y entretener sabiosamente los ánimos de su auditorio Faltóle el tercer mérito conmover y arrastrar

»No tenía fuerza ni arranque alguno: ya procediera esto de que juzgaba locos y delirantes á los oradores de palabra fogosa y accion vehemente; ya de que la naturaleza le hubiera negado estas cualidades; ya de falta de costumbre Recuerdo que acusando á Q Galio de haber querido envenenarle, y presentando testigos, documentos, indicios y pruebas de todo género, bastantes á dar fe del hecho, yo en la respuesta alegué como uno de los argumentos la serenidad, lentitud y sangre fría con que él habia hablado de una cosa que tan de cerca le tocaba: del peligro de su vida «¿Habias de hablar así, M Calidio, si no fingieras lo que dices? ¿Tú que con tanta elocuencia defiendes á otros, tan frío en causa propia? ¿Dónde está el dolor que suele arrancar voces y querellas hasta á los niños? Ni tu alma ni tu cuerpo se han conmovido en lo más mínimo: ni tu frente ni tus piernas han vacilado no has herido la tierra con el pié. Tan lejos has estado de inflamar nuestros ánimos, que casi nos hemos dormido » Así la serenidad ó el defecto de este excelente orador me sirvió de argumento contra él

—¿Y cómo dudas, interrumpió Bruto, que esa serenidad era un vicio? ¿Quién no confesará que siendo el mayor triunfo del orador conmover é inflamar á los oyentes, el que esto no consigue no ha conseguido nada?

—Sea como quieras, y pasemos á Hortensio, el único que nos queda Luégo, ya que te empeñas en eso, Bruto, hablaré de mí mismo, aunque sea con brevedad Antes debo hacer mencion de dos jóvenes que, á haber vivido más tiempo, hubieran alcanzado fama grande de elocuencia



—Lo dirás por Cayo Curión y Cayo Licinio Calvo, interrumpió Bruto

—Bien dices El uno de ellos era tan fácil y suelto, tan agudo en las palabras y en las sentencias, que no era fácil hallar nada más elegante y expedito Poco le instruyeron sus maestros; pero tuvo una disposición admirable para la oratoria De su estudio nada digo: si hubiera querido hacerme caso, habría preferido de seguro los honores á las riquezas

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fácil es entenderme Siendo el honor un premio de la virtud otorgado á alguno por el juicio y unánime voluntad de los ciudadanos, sólo el que legítimamente le alcanza me parece glorioso y honrado El que aprovechándose de una ocasión feliz obtiene el poder aún contra la voluntad de sus conciudadanos, logra el nombre del honor, no el honor Si Curion me hubiera creído, fácil le fuera llegar con gloria á todos los grados de la magistratura, como había llegado su padre y cual él otros ilustres varones Recuerdo que las mismas exhortaciones para que siguiera el camino recto, trillado por sus mayores, hice á P Craso, hijo de Marco, cuando en su juventud buscó mi amistad Había recibido esmerada educación era verdaderamente erudito, de ingenio agudo y palabra elegante: grave sin arrogancia, y modesto sin timidez

»Pero también á éste le envolvieron las olas de la vanagloria, vicio tan comun en los jóvenes, y como siendo soldado había hecho obras de general, quiso ser general á toda costa, cargo al cual reservaban nuestros mayores edad cierta, é incierta suerte Y así, por desdicha suya, empeñado en ser rival de César y Alejandro, resultó muy desemejante de Lucio Craso y de todos los Crasos

»Pero volvamos á Calvo, que así como era más literato que Curion, tenía también un estilo más esmerado y elegante, aunque peinaba demasiado sus discursos, y se es-

cuchaba cuando hablaba, y queriendo huir de los defectos, perdía la sangre y el jugo. Por eso los doctos oían con atención sus limados discursos, pero no la muchedumbre y el foro, para quien se ha hecho la elocuencia.

—Es que Calvo, interrumpió Bruto, quería ser ático, y de ahí la pobreza de sus discursos.

—Así lo pretendía, pero se equivocaba, é indujo á muchos al mismo error. Si se llama áticos á los que no hablan con ineptitud ni torpeza, todo buen orador será ático. ¿Quién de buen gusto no odia la insulsez y la insolencia, y la tiene por locura en un orador, ó quién no admira con religioso respeto la sobriedad y pureza? Y todavía, si comprenden en el género ático la misma sequedad de estilo, con tal que sea culta, urbana y elegante, pase; pero como entre los áticos hay unos mejores que otros, preciso es conocer los grados y las desemejanzas, y la fuerza y la variedad de los áticos. Se dice: «Quiero imitar á los áticos.» ¿A cuáles? porque no pertenecen á un género sólo. ¿Qué cosa hay ménos parecida que Demóstenes y Lisias, ó que Lisias é Hipérides, ó que cualquiera de ellos y Esquines? ¿A quién imitas, pues? Si á uno sólo, los demas no serán áticos. Y si á todos, ¿cómo puedes, siendo tan desemejantes entre sí? ¿Tienes por ático á Demetrio Falereo? Me parece que en sus oraciones respira la misma Atenas. Y sin embargo, es más florido que Hipérides y que Lisias.

»Por el mismo tiempo hubo dos nada parecidos, aunque áticos entrambos. Charisio, que escribía muchas oraciones para otros, y tenía pretensiones de imitar á Lisias; Demócáres, hijo de una hermana de Demóstenes, el cual compuso algunas oraciones, y una historia de las cosas que habían pasado en Atenas en su tiempo, en estilo más oratorio que histórico. A Charisio quiso imitar Hegésias, que se juzga ático y tiene á todos los demas por agrestes. ¡Y sin embargo, qué cosa más descosida y pueril, en medio de su

elegancia, son sus discursos! «Queremos imitar á los Áticos» En hora buena ¿Pero son oradores áticos éstos? ¿Quién lo puede negar? A éstos imitamos. ¿Cómo, si se parecen tan poco? Imitamos á Tucídides. Está bien, pero será escribiendo historia, no defendiendo causas; porque Tucídides fué grande y excelente narrador, pero nunca se ejercitó en el género forense. En cuanto á las muchas oraciones que intercala en su historia, yo las alabo mucho, pero ni podría imitarlas, si quisiera, ni quizá querría, aunque pudiera: de la misma suerte que nos deleita el vino de Falerno, no tan nuevo que haya nacido en tiempo de los últimos cónsules, ni tan viejo que se remonte al consulado de Opimio y Anicio. Dirás que estas son buenas marcas. Ciertamente, pero la excesiva antigüedad no tiene la dulzura que buscamos, ni siquiera es tolerable. En todo ha de haber un término razonable. Húyase del mosto nuevo é hirviente del estilo de los modernos, pero tampoco se persiga la marca anticuada de Tucídides, que lo es tanto como la de Anicio. El mismo Tucídides, si hubiera vivido más tarde, sería mejor y más suave.

»Imitémos, pues, á Demóstenes, ¡oh dioses inmortales! ¿Y qué otra cosa hacemos, ni qué más podemos desear? Pero no lo conseguiremos. No parece sino que esos pretendidos áticos consiguen todo lo que se les antoja. Y ni siquiera entienden que fué necesario (y no en vano se cuenta) que toda la Grecia concurriese á oír á Demóstenes. Y estos áticos, por el contrario, no sólo se ven abandonados por el concurso, sino hasta por sus clientes. Si el hablar seca y pobremente es de áticos, séanlo en hora buena, pero vengan á los comicios, hablen á un juez sentado. El foro pide más grandeza y plenitud de dición.

»Quiero que al sólo anuncio de que el orador va á hablar, se llenen los asientos y el tribunal, no se den punto de reposo los escribas para colocar á los oyentes, se apiñe el concurso, los jueces estén en pié, y apenas se levante

elegancia, son sus discursos! «Queremos imitar á los Áticos» En hora buena ¿Pero son oradores áticos éstos? ¿Quién lo puede negar? A éstos imitamos. ¿Cómo, si se parecen tan poco? Imitamos á Tucídides. Está bien, pero será escribiendo historia, no defendiendo causas; porque Tucídides fué grande y excelente narrador, pero nunca se ejercitó en el género forense. En cuanto á las muchas oraciones que intercala en su historia, yo las alabo mucho, pero ni podría imitarlas, si quisiera, ni quizá querría, aunque pudiera: de la misma suerte que nos deleita el vino de Falerno, no tan nuevo que haya nacido en tiempo de los últimos cónsules, ni tan viejo que se remonte al consulado de Opimio y Anicio. Dirás que estas son buenas marcas. Cierto, pero la excesiva antigüedad no tiene la dulzura que buscamos, ni siquiera es tolerable. En todo ha de haber un término razonable. Húyase del mosto nuevo é hirviente del estilo de los modernos, pero tampoco se persiga la marca anticuada de Tucídides, que lo es tanto como la de Anicio. El mismo Tucídides, si hubiera vivido más tarde, sería mejor y más suave.

»Imitémos, pues, á Demóstenes, ¡oh dioses inmortales! ¿Y qué otra cosa hacemos, ni qué más podemos desear? Pero no lo conseguiremos. No parece sino que esos pretendidos áticos consiguen todo lo que se les antoja. Y ni siquiera entienden que fué necesario (y no en vano se cuenta) que toda la Grecia concurriese á oír á Demóstenes. Y estos áticos, por el contrario, no sólo se ven abandonados por el concurso, sino hasta por sus clientes. Si el hablar seca y pobremente es de áticos, séanlo en hora buena, pero vengán á los comicios, hablen á un juez sentado. El foro pide más grandeza y plenitud de dición.

»Quiero que al sólo anuncio de que el orador va á hablar, se llenen los asientos y el tribunal, no se den punto de reposo los escribas para colocar á los oyentes, se apiñe el concurso, los jueces estén en pié, y apenas se levante

el orador, guarden todos profundo silencio, y estallen luego las muestras de aprobacion, y las de admiracion, y de vez en cuando la risa ó el llanto; de suerte que el que se halle lejos, aunque no oiga de qué se trata, comprenda que el orador está feliz, y que domina la escena como si fuera un Roscio Al que estos efectos consiga, tenedle por ático, que esto hacian Pericles, Hipérides, Esquines y, sobre todo, Demóstenes

»Si llaman *ático* el estilo discreto, agudo, sencillo, sólido, pero algo desprovisto de galas y ornatos, tambien lo acepto Tambien para la modesta elegancia hay lugar en el arte Por eso, no todos los que hablan en estilo ático, hablan bien, pero todos los que hablan bien, son áticos Volvamos á Hortensio.

—Bien, dijo Bruto, aunque esta digresion ha sido para mí muy agradable

—Muchas veces he querido interrumpirte, añadió Ático, pero nunca me he atrevido Ahora que te vas acercando á la peroracion, quiero hacerlo

—Dí lo que quieras, Tito

—Siempre me ha parecido muy bien aquella elegante y chistosa ironía con que habla Sócrates en los libros de Platon, Xenophonte y Esquines Es propio de un hombre culto y chistoso, cuando se disputa acerca de la sabiduría, atribuírsela á los otros, y así Sócrates, en los diálogos de Platon, ensalza mucho á Protágoras, Hipias, Pródico, Gorgias, y él se confiesa ignorante y tonto Yo encuentro esto muy bien, aunque Epicuro lo reprenda Pero en la historia (é historia has hecho, al exponer los méritos de cada orador), témome mucho que la ironía sea tan vituperable como en el testimonio

—¿Por qué dices esto? No lo entiendo

—En primer lugar, porque has alabado á muchos oradores de un modo que puede inducir á error á los ignorantes Apenas podia yo contener la risa, cuando comparabas con

al ático Lisias á nuestro Caton, hombre grande, á fe mia, ó más bien excelente y consumado varon, que esto nadie lo ha de negar, pero ¿orador? ¿pero semejante á Lisias, prodigio de elegancia? Bella ironía, si hablásemos en bur-las, pero hablando en serio, creo que debemos proceder con la misma religiosa escrupulosidad que en un testi-monio

»Yo á tu amigo Caton le aplaudo como ciudadano, como senador, como general, como hombre, en suma, de admi-rable prudencia, y adornado de todo género de virtudes. Las oraciones, para ser de aquel tiempo, no me parecen mal. Demuestran algun ingenio, aunque imperfecto y rudo. El elogio que hiciste de sus *Orígenes*, comparándolos con los escritos de Filisto y Tucídides, ¿crees que ni Bruto ni yo podemos aprobarle? ¿Osas comparar con escritores que los Griegos mismos juzgaron inimitables, á un hombre Tusculano, que ni siquiera sospechaba áun lo que es abun-dancia y primer de estilo?

»Alabas á Galba si como el mejor de aquella edad, es-toy de acuerdo contigo, porque así lo hemos aprendido todos, pero si ensalzas su mérito en absoluto, toma sus oraciones, que existen aún, y dí de buena fe si quisieras hablar ó escribir de aquel modo. Aplaudes las oraciones de Lépido está bien si las alabas por antiguas, y lo mismo te digo de Escipion el Africano, y de Lelio, aunque esti-mas por superior á todo la dulzura de sus oraciones. Quie-res sin duda engañarnos con el nombre de un varon tan ilustre, y con las justísimas alabanzas de su gloriosa vida. Pero prescinde de esto y verás que ese estilo suyo tan dulce y decantado es tan rastiero, que apenas se puede tolerar. Sé que Carbon tuvo fama de orador, pero en esto, como en todo, pasa por bueno lo mediano, cuando no hay otra cosa mejor.

»Lo mismo digo de los Griegos, aunque estoy conforme con algunas de las cosas que de ellos afirmas. Omito á los

demas, y vengo á Craso y á Antonio, en quienes supones ya perfecta la elocuencia, y que fueron sin duda grandes oradores. Haces bien en elogiarlos, pero no tanto que digas que la oracion de Craso en defensa de la ley Servilia, fué tu modelo, á la manera que Lisipo decia que lo habia sido de él el *Doriphoro* de Polycleto: esto es verdadera ironía, y no te dié por qué, para que no creas que te adulo.

»Prescindo de todo lo demas que has dicho de Cota, de Sulpicio de Celio y de los restantes.

»Estos al cabo fueron oradores. Tu verás qué mérito tuvieron. Y no me cuido de que hayas enumerado á todos los operarios de este arte. De fijo que algunos querrian morirse, sólo porque los incluyeras en el número de los oradores.»

A esto le contesté: «Largo razonamiento has empezado, Ático, y digno de tratarse en otro coloquio, que reservaremos para mejor ocasion. Entónces hemos de recorrer los libros de Caton y de algun otro, para que te convenzas de que no falta en ellos ningun ornato ni flor alguna, fuera de las postizas y contrahechas que se inventaron despues. En cuanto al estilo de Craso, juzgo que quizá él mismo pudo escribir mejor, pero que ninguno otro hubiera podido hacerlo. Ni tengas por ironía el haber dicho yo que su oracion me sirvió de modelo, aunque formes tan alto juicio de mis facultades oratorias, lo cierto es que, cuando jóvenes, no teníamos entre los Latinos ningun modelo mejor que imitar. Y si nombré á tantos, ya he dicho que fué para que se entendiera cuán pocos hubo dignos de memoria entre tantos como se arrojaron á hablar. No quisiera pasar por iónico, aunque el mismo Publio Escipion el Africano lo fué, segun dice Fannio en su historia.

—Como quieras, dijo Atico. Yo no juzgaba impropia de tí una cualidad que tuvieron Escipion el Africano y Sócrates.

—De esto hablaremos despues, dijo Bruto mirándome ¿Peio cuándo nos explicarás esas antiguas oraciones?

—Cuando estemos en Cumas ó en el Tusculano, puesto que en una y otra parte somos vecinos Volvamos á nuestro asunto

»Hortensio, que habia llegado muy jóven al foro, empezó muy pronto á encaigarse de causas de importancia Aunque sus principios coincidian con el esplendor de Cota y Sulpicio, y brillaban aún Craso y Antonio, Filipo y Julic, competia ventajosamente con cualquiera de ellos Su memoria era tal, como yo no la he visto en ninguno otro; sin escribir nada, repetia palabra por palabra lo que en su casa habia pensado Esta memoria prodigiosa le servía para recordar sus palabras y las de los adversarios, y todo género de documentos Su aficion al foro era ardentísima é incomparable, no se pasaba dia sin que hablase ó preparase algo, y á veces trabajaba en dos causas el mismo dia Su oratoria nada tenía de vulgar, y entre otras introdujo dos cosas, que ningun otro habia usado: las divisiones de lo que iba á decir, y recapitulaciones de lo que se habia dicho en contra y de lo que él habia respondido Era elegante y espléndido en las palabras, fácil en la composicion, discreto en los argumentos, y habia logrado todo esto á fuerza de ingenio y ejercicio Recordaba bien las cosas, dividia con agudeza y no omitia casi nada de lo que en la causa podia ser útil para la confirmacion ó la refutacion Su voz era dulce y sonora, el movimiento y el gesto tenían más arte que el que conviene á un orador Mientras él florecia, Craso murió, Cota fué desterrado, los juicios se interrumpieron por la guerra, y yo me presenté en el foro

»Hortensio estaba en la guerra, donde al segundo año le hicieron tribuno militar; Sulpicio y Marco Antonio eran lugartenientes, todo juicio se celebraba conforme á la ley Varia, porque las demas estaban interrumpidas á conse-



cuencia de la guerra: no hablaban los principales oradores, como Lucio Memmio y Quinto Pompeyo, sino ciertos acusadores, al modo de Filipo, que tenían abundancia y vehemencia. Los demás que pasaban entonces por principales eran magistrados, y cada día teníamos ocasión de oírlos. Cayo Curion era tribuno de la plebe, y entonces callaba, desde que una vez le había abandonado todo el auditorio. Quinto Metelo Céler no era orador, pero tampoco carecía de palabra. Eran disertos Quinto Vario, Cayo Carbon, Cneo Pomponio, pero éstos hablaban siempre en los *Rostros*. Cayo Julio, edil curul, pronunciaba cada día ingeniosos discursos. Yo, que tantos deseos tenía de oír á todos, sentí gran pesar cuando fué desterrado Cota. A los demás los oía con frecuencia, escribiendo, leyendo y meditando sus discursos, si bien nunca me contentaban del todo estos ejercicios oratorios. Al año siguiente fué condenado Quinto Vario, á consecuencia de su ley, y salió para el destierro. Yo entonces me dedicaba al derecho civil, bajo la dirección de Quinto Scévola, hijo de Publio, que aunque no ejercía la enseñanza privada, respondía á las consultas de los estudiosos. Al año siguiente, en que fueron cónsules Sila y Pompeyo, tuve ocasión de conocer la oratoria de Publio Sulpicio, durante su tribunado. Por este tiempo, y á causa de la guerra de Mitrídates, tuvo que salir de su patria y refugiarse en Roma con otros Atenienses principales, Filon, jefe de la Academia, y yo me puse bajo su dirección, dedicándome con inusitado ardor al estudio de la filosofía, no sólo porque me deleitaba mucho la variedad y grandeza de las cosas que en ella se tratan, sino porque parecía que el foro había enmudecido para siempre. Sulpicio había muerto aquel año, y sucesivamente habían perecido á hierro tres ilustres oradores: Quinto Cátulo, Marco Antonio y Cayo Julio. El mismo año empecé á oír las lecciones de Molon de Rodas, gran defensor de causas y maestro en el arte de bien decir.

»Aunque todo esto parece impropio del asunto, lo he dicho para que Bruto sepa (porque tú, Atico, bien los conoces) los pasos que di siguiendo las huellas de Quinto Hortensio

»Tres años duró la paz, pero por muerte, destierro ó fuga de los oradores (pues aún los más jóvenes, como Marco Craso y los dos Léntulos, estaban ausentes), era Léntulo el principal entre los que defendían causas, y cada día lograba mayor aplauso Antistio Pison hablaba con frecuencia; Pomponio, ménos, rara vez Carbon, una ó dos Filipino Yo por este tiempo pasaba los días y las noches en el estudio Vivía con el estoico Diodoto, que murió hace poco tiempo en mi casa, donde casi siempre había morado Con él me ejercitaba en la dialéctica, que viene á ser una elocuencia breve y concisa, sin la cual tú mismo, Bruto, no crees posible alcanzar aquella perfecta elocuencia, que podemos llamar dialéctica amplificada Con tal ahinco me dedicaba á este maestro y á estas artes, que ningun día me quedaba libre para ejercicios oratorios De vez en cuando declamaba, ya con Marco Pison, ya con Quinto Pompeyo, ya con algun otro, y lo hacía muchas veces en latin, pero más en griego, ya porque la lengua griega, como más rica, me daba primores y formas nuevas que aplicar á la latina, ya porque los maestros griegos no podían corregirme ni enseñarme, si no hablaba en griego Vinieron despues los tumultos para recuperar la libertad de la república, y la muerte cruel de tres oradores, Scévola, Carbon y Antistio, el regreso de Cota, Curion, Craso, los dos Léntulos y Pompeyo; la libertad restituida á los juicios y á las leyes Sólo se echaba de ménos en el número de los oradores á Pomponio, Censorino y Murena Entónces yo, por vez primera, empecé á defender causas privadas y públicas, no para aprender en el foro, como hicieron muchos, sino para venir al foro, ya instruido Por este tiempo era yo discípulo de Molon, que había venido

de embajador de los Rodios, siendo dictador Sila Y tuvo tanto aplauso mi primera defensa pública, la de Sexto Roscio, que desde entónces no hubo causa ninguna de importancia que no se me encomendara Yo trabajaba mis oraciones con el mayor esmero que podia

»Y ya que quereis verme de cuerpo entero, os diré algunas cosas, quizá innecesarias Tenía yo entónces un cuerpo flaco y débil, el cuello largo y delgado, lo cual parece indicar peligro para la vida, si á esto se agrega el trabajo y el esfuerzo de los pulmones Y esto infundia tanto más temor á mis amigos, cuanto que yo hablaba con pocas pausas, sin variedad, en tone muy alto y con grandes esfuerzos de voz Y exhortándome mis amigos y médicos á que me apartase del foro, preferí exponerme á cualquier peligro ántes que renunciar á la gloria tan apetecida Pero creyendo que con moderarme en la voz y con mudal de estilo podria evitar el peligro, determiné mudar de género, y este fué el motivo de mi viaje al Asia Y habiéndome ejercitado por dos años en las causas, y siendo ya celebrado mi nombre en el foro, salí de Roma y me dirigí á Aténas

»Allí estuve seis meses con Antioco, ilustre y prudentísimo maestro de la Academia antigua, y renové el estudio de la filosofía, nunca abandonado desde mi primera adolescencia

»Tambien solia concurrir á la escuela de Demetrio el Sirio, viejo y no despreciable maestro de retórica Despues recorrí toda el Asia, oyendo á los más excelentes oradores, de los cuales era entónces el principal, á mi juicio, Menipo Estiatonicense, que merece contarse entre los áticos, si es que el estilo ático consiste en huir de vulgaridades é insulseces

»Conmigo estaban casi siempre Dionisio Magnes, Esquilo Cnidio, Xenocles Adramyteno, que pasaban entónces en el Asia por los principales retóricos Y no contento aún, me dirigí á Ródas á la escuela de Molon, á quien ya habia

oido en Roma, buen orador en causas verdaderas, y escritor excelente, sobre todo para notar y reprender los vicios y para instruir y enseñar. Él procuró (no sé si llegó á conseguirlo) corregirme de cierta redundancia y superfluidad juvenil, y encerrar el curso de mi diction en su legitimo cauce. Dos años despues estaba yo no sólo más instruido, sino tambien casi variado: ya no tenía que hacer aquellos esfuerzos de voz, mis pulmones habian cobrado fuerzas, y el gesto y ademan se habian modificado mucho.

»Sobresalian entónces dos oradores que despertaban en mí codicia de imitarlos, Cota y Hortensio: el primero, aunque propio en las palabras y diestro en la construccion de los períodos, era blando y remiso: el otro era elegante, agudo, y no como tú, oh Bruto, ya en su vejez le conociste, sino mucho más vehemente en la accion y en las palabras. Por eso queria yo más bien competir con Hortensio, que tenía un estilo más semejante al mio y era casi de mi edad. Yo habia visto que en las mismas causas en que Cota era el abogado principal, vg, la de Marco Canuleyo, y la del consular Cneo Dolabela, en que Cota era el abogado principal, brillaba, sin embargo, en primer término Hortensio. Porque el concurso y estrépito del foro requiere un orador acre, fogoso, de voz sonora y poderoso en la accion.

»Un año despues de haber vuelto del Asia tuve una defensa ruidosa, pretendiendo yo la cuestura, Cota el consulado y Hortensio la edilidad. Yo tuve que ir de cuestor á Sicilia; Cota, durante su consulado, á las Galias: el principal de todos era Hortensio, y en tal concepto se le tenía. El año que volví de Sicilia, juzgué ya que mis facultades oratorias, cualesquiera que ellas fuesen, habian llegado á su perfeccion y madurez. Harto prolijo he sido en hablar de mí mismo: sívanme de disculpa el que no ha sido por mostrar mi ingenio y elocuencia (de lo cual estoy muy lejos), sino mi trabajo é industria. Habiéndome, pues, ejer-

citado cerca de cinco años en muchas causas y con los principales abogados, tuve que entrar en lid con Hortensio, defendiendo yo á los Sicilianos contra Véries Hortensio era entónces cónsul electo, y yo estaba designado edil

»Pero como este discurso nuestro no se limita á la enumeracion de los oradores, sino que requiere ciertos preceptos, veamos con verdad lo que hay que notar y advertir en Hortensio

»Despues de su consulado, como veia que ninguno de los consulares era comparable con él, y despreciaba á los que no habian sido cónsules, interrumpió aquellos estudios, que desde niño habia profesado con tanto ahinco, y quiso vivir en la abundancia, más feliz (segun él decia); á mi parecer, más ocioso y descuidado

»El primero, el segundo año y el tercero, fué quitando no poco color á sus antiguas pinturas, aunque esto no podia conocerlo cualquiera del pueblo, sino un juez inteligente y docto Y luégo fué decayendo tanto en las demas partes de la elocuencia, sobre todo en la rapidez y en el enlace de las palabras, que cada dia iba siendo más desemejante de sí mismo

»Yo, por el contrario, no dejaba de perfeccionar mi estilo, como quiera que él sea, con todo género de ejercicios, principalmente con el de escribir En los años que siguieron á mi edilidad, fuí elegido pretor con increíble voluntad del pueblo Los ánimos estaban dispuestos en mi favor, tanto por la asiduidad en las causas como por el modo de decir escogido y nada vulgar Nada diré de mí, pero de los otros oradores, nadie habia que hubiera estudiado con diligencia algo más que vulgar las buenas letras, que son la fuente de la perfecta elocuencia nadie se habia dedicado á la filosofia, madre de todas las buenas acciones y de todas las frases felices nadie conocia el derecho civil, tan necesario para las causas privadas nadie la historia romana, para poder invocar como testigos á los

héroes ya difuntos: nadie conocia el arte de ir estrechando breve y agudamente al adversario, ni de hacer pasar el ánimo de los jueces de la severidad á la risa: nadie sabia amplificar ni dar á las cuestiones particulares en que hay designacion de persona y tiempo, el interes de una cuestion universal: nadie amenizaba la causa con digresiones: nadie sabia mover á indignacion á los jueces ni arriancarles el llanto: nadie gobernar á su albediño los ánimos: verdadero triunfo del orador

»Cuando Hortensio estaba ya casi oscurecido, fui elegido yo cónsul, seis años despues de su consulado, y entónces volvió él á sus antiguos estudios, para que siendo iguales en honor, no fuésemos desiguales en mérito. Así, doce años despues de mi consulado, nos ejercitamos los dos en las causas más señaladas, viviendo siempre en grande amistad y armonía, porque yo le tenía por superior á mí, y él de mí juzgaba lo mismo, y se habia convertido en grande admirador de los hechos de mi consulado, que al principio le habia sido algo molesto. Bien pudo conocerse lo que uno y otro éramos, poco ántes de que el estuendo de las armas hiciese enmudecer del todo este nuestro estudio. Cuando la ley de Pompeyo concedia sólo tres horas para hablar, y todos los dias veníamos á defender causas nuevas aunque muy semejantes entre sí, tú tambien, Bruto, tomaste en ellas parte y defendiste muchas, ya solo, ya con nosotros. Hortensio habia empezado su práctica forense diez años ántes que tú nacieras, y todavía á los sesenta y cuatro años, muy pocos dias ántes que su muerte, defendió contigo á tu suegro Apio.

»Cuál fué el estilo de uno y otro, nuestras oraciones lo dirán á los venideros. Pero si se pregunta por qué Hortensio brilló más en su juventud que en su vejez, podían alegarse dos causas principales. 1.ª Que su estilo era asiático, más propio de la adolescencia que de la senectud. Dos géneros hay de estilo asiático: uno sentencioso y agudo, de

sentencias no tan graves y severas como elegantes y graciosas. Así era en la historia Timeo, así eran en la oratoria Hiérocles Alabandeo y su hermano Menecles, cuyas oraciones son de las mejores dentro del género asiático. El otro estilo no se distingue tanto por lo copioso de las sentencias como por el fácil y arrebatado curso de las palabras. Tal es el estilo que hoy domina en toda el Asia, y el que seguían Esquilo Cnidio y mi contemporáneo Esquines de Mileto. En éstos el curso de la oración era admisible, pero no lo eran las sentencias. Ya he dicho que estos géneros son propios de la juventud, y no tienen gravedad en los viejos. Así Hortensio, que se distinguía en uno y otro, arrancaba estrepitosos clamores cuando joven. Tenía la misma afición que Menecles á las sentencias, aunque fuesen á veces más elegantes y graciosas que necesarias y útiles. Sus discursos eran al mismo tiempo arrebatados y vibrantes, cultos y agudos, no gustaban de ellos los viejos, y yo ví muchas veces reírse de ellos y aún enfadarse á Filipo, pero los admiraban los jóvenes, y la multitud se conmovía.

»A juicio del vulgo, tenía cuando joven la primacía. Y aunque su estilo no fuera muy severo, parecía propio de su edad, y como brillaba su ingenio donde quiera, y era perfecta la construcción de los períodos, excitaba admiración suma. Pero cuando ya los honores que había obtenido y su autoridad de anciano requerían algo más grave, persistió inoportunamente en el mismo estilo, y abandonando el ejercicio y el estudio, que en él había sido grande, conservó la riqueza de sentencias, pero no aquella elegancia de dicción con que ántes lo adornaba todo.

»Por eso, Bruto, te agradó quizá ménos que te hubiera agradado si le hubieses conocido en el apogeo de sus facultades.

—Comprendo lo que afirmas, respondió Bruto, y siempre tuve por grande orador á Hortensio, sobre todo cuando hizo, en ausencia tuya, la defensa de Mesala.

—Así lo cuentan, y así lo declara á cada paso aquella oracion. Él floreció desde el consulado de Craso y Scévola hasta el de Paulo y Marcelo yo desde el dictador Sila hasta los mismos cónsules. La muerte hizo enmudecer la voz de Q Hortensio; la calamidad pública la mía.

—No hagamos tan tristes predicciones, dijo Bruto.

—Sea como quieras, y esto no tanto por mi causa como por la tuya. ¡Feliz Hortensio, que murió ántes de ver cumplidas las cosas que habia predicho! Muchas veces deploramos juntos las calamidades que se acercaban, cuando veíamos las causas de la guerra civil en las ambiciones de los particulares, y ninguna esperanza de paz en las instituciones públicas. La felicidad que le acompañó siempre, le mató á tiempo para que no viera estas miserias.

»Nosotros, Bruto, ya que despues de la muerte de Hortensio hemos venido á quedar como únicos tutores de la huérfana elocuencia, guardémosla en casa con liberal custodia y religioso respeto, y alejemos de ella á esos desconocidos é impudentes amadores, y defendamos de sus ímpetus á la casta y ya adulta virgen. Y aunque siento haber entrado en el camino de la vida demasiado tarde, sumergiéndome, ántes de morir, en esta oscura noche de la república, vivo, sin embargo, con las esperanzas que tú Bruto, me diste en tu dulcísima carta, donde me exhortabas á tener buen ánimo y fortaleza, puesto que habia hecho ya tales cosas que, aunque yo callase, hablarían por mí, y vivirían despues de mi muerte.

»Perc cuando me acuerdo de tí, Bruto, crece mi dolor, al ver que en medio de los laureles de la juventud se ha visto atropellada tu cuadriga por esta adversa fortuna de la república. Esto es lo que más me angustia, y también á nuestro Ático, participe de mi amor y estimacion hácia tí. Mucho te amamos: mucho es nuestro deseo de ver premiadas tus virtudes y de que puedas renovar y hacer aún más ilustre la memoria de dos esclarecidos linajes. El foro



era tu campo de batalla tú eras el único que á él había llegado, no sólo despues de asiduos ejercicios oratorios, sino juntando á la elocuencia todo el esplendor de las virtudes, y enriquecido con todo linaje de ciencias y disciplinas Dos cosas me angustian: que carezcas tú de la república, y la república de tí Pero aunque oprima el curso de tu ingenio esta importuna calamidad civil, enciértrate en tus perennes estudios, y sigue la senda que has comenzado para no verte confundido con la turba de abogados de que aquí he hecho mérito Ni esto sería digno de tí, adornado de tan copiosa enseñanza, la cual fuiste á buscar á Aténas, morada y templo de las artes ¿Para qué te ejercitó Pammenes, varon el más elocuente de Grecia, y aquel Antisto, huésped y familiar mio, heredero de la Academia antigua, sino para que fueras desemejante del vulgo de los oradores? ¿No vemos que apénas ha habido en cada época dos oradores tolerables? Galba sobresalió entre todos sus contemporáneos El mismo Caton, el anciano, reconocia su superioridad, y lo mismo Lépido y Carbon, que eran más jóvenes Los Gracos usaban un estilo más libre y fácil, pero en su tiempo todavía no llegó á madurez la elocuencia Todavía florecieron despues Antonio, Craso, Cota, Sulpicio, Hortensio, y yo mismo, si merezco ser comprendido en el número »

---